



ALGUNAS REFLEXIONES EN TORNO A LA PARTICIPACIÓN POLÍTICA DE LOS GITANOS

Juan de Dios Ramírez-Heredia

Hace casi diez años, la Asamblea General de la Unión Romani, tras un amplio y enriquecedor debate, encomendó a su Junta Directiva que elaborara un documento que reflejara el pensamiento gitano de hoy en día. Así se hizo encargándose a Antonio Torres Fernández, Diego Luís Fernández Jiménez, Joaquín López Bustamante y Amara Montoya Gabarri la misión de coordinar las múltiples aportaciones que desde toda España se hicieron para la redacción última del documento. Finalmente, el Comité Nacional de la Federación, reunido en Sevilla el día 26 de noviembre de 1994, lo analizó, debatió su contenido, enmendó algunos puntos y lo aprobó, al final, por unanimidad.

La lectura despasionada que hoy podemos hacer de aquel documento –que traducido al catalán, al inglés, al francés y al italiano ha sido difundido por todo el mundo–, me mueve a reconocer que entonces se sentaron las mejores bases sobre las que se debe abordar cualquier análisis que pretenda ser riguroso en relación con lo que los gitanos de hoy pensamos sobre nuestra presencia en el contexto cultural mayoritario en el que nos haya tocado vivir. Y, por supuesto, también sobre nuestra actividad política en un campo absolutamente dominado por los *gadyè*.

A este propósito vemos que en el sustrato de las manifestaciones de carácter político que se hacen desde las asociaciones gitanas, y sobre todo desde los nuevos partidos políticos gitanos -el Partido Nacionalista Caló, liderado por

Mariano Fernández, y el Partido Alianza Romani, liderado por Agustín Vega- está la defensa de nuestra cultura como un derecho irrenunciable. Efectivamente, una de las banderas que con más ahínco enarbolan los pueblos minoritarios que viven en condiciones de subordinación a las grandes comunidades es precisamente lograr el reconocimiento del derecho a la diferencia. Por eso, sería una grave irresponsabilidad por nuestra parte ignorar que, sólo en la medida en que reafirmemos nuestra conciencia de pueblo con una historia definida, con unas costumbres peculiares y con una cultura única, estaremos en el mejor camino para defender nuestros derechos y exigir el respeto que merecemos.

La verdadera motivación que empuja a la mayoría de los gitanos comprometidos con el futuro de nuestra comunidad es el deseo de reafirmar nuestra identidad colectiva como pueblo portador de una cultura y una historia comunes. La lucha de la comunidad gitana por lograr el pleno disfrute de sus derechos ciudadanos tiene múltiples facetas que van desde la exigencia de que se nos respete y acepte tal como somos, es decir, como sujetos portadores de una cultura distinta, hasta las reivindicaciones más urgentes que hacen referencia a la conquista de los medios indispensables para vivir con dignidad. Para nosotros, hoy, la dicotomía sigue siendo la misma a la que se enfrentaron nuestros antepasados cuando llegaron a Europa: subsistir y no renunciar a ser lo que somos.

La Unión Romaní, consciente de esa realidad y sin posponer ni un ápice su permanente denuncia de las injusticias, colaborando con las asociaciones en el mejor aprovechamiento de sus gestiones, no olvida, sin embargo, que lo más importante para nosotros es ser fieles a nuestra tradición, a nuestros antepasados, a nuestra familia y a nuestra historia.

Por eso reclamamos permanentemente que, junto a una forma de vida más justa y solidaria, se nos reconozca el derecho a seguir siendo gitanos con la dignidad de serlo. No como una concesión de la sociedad mayoritaria, sino como el reconocimiento que exige el respeto a los derechos humanos y a la diversidad cultural que impregna a toda la sociedad.

Una premisa para la participación política

En el comienzo de los *Fundamentos del pensamiento gitano, hoy*, se dice que los gitanos somos ciudadanos españoles y como tales hemos de formar parte activa en los destinos de nuestro país. La Constitución del 78 es el marco de entendimiento entre todos los españoles y en su desarrollo hemos de colaborar con nuestro esfuerzo, pero también haciendo prevalecer nuestros derechos. La Constitución del 78 es tan nuestra como de cualquier otro ciudadano y nuestra participación en la construcción del Estado debe ser cada vez más plena y responsable. No deseamos ser sujetos pasivos en la formación de las diferentes administraciones. Queremos tener el puesto de responsabilidad compartida que nos corresponde con el resto de ciudadanos de este país, porque sólo a través del compromiso político es posible la solución de nuestros problemas. Por esa razón, los gitanos debemos acceder a los órganos de decisión que hacen posible la gestión del Estado. El compromiso político da vida a los pueblos, anima a sus componentes y con-

tribuye a la solución de nuestros problemas. La actividad política también es nuestra responsabilidad y nuestro derecho. Han pasado los tiempos en los que desde la ingenuidad muchos gitanos afirmaban que “la política era cosa de payos”. La experiencia nos ha enseñado que la indiferencia nos deja en manos de los demás y nos convierte en sujetos pasivos de lo que otros decidan por nosotros.

Pero los partidos políticos deberían igualmente entender que la participación de los gitanos en el compromiso político tiene que asumirse con la solidaridad suficiente para favorecer que haya gitanos en los órganos de decisión del Estado. Las minorías étnicas tienen tanta más esperanza en sus gobernantes cuanto más cerca están de ellos y es hora ya de que gitanos formados puedan aportar su visión de las cosas a la hora de decidir sobre las mismas.

Una participación política de continua reivindicación

Podría parecer que, a veces, pedimos a los gobiernos más de lo que podemos exigirles. Creemos que la mayoría de nuestros males podrían arreglarse si hubiera voluntad política para que así fuera, y a pesar de que en buena medida esto es así, es decir, que de la voluntad política de los gobernantes depende en gran medida la solución a los problemas de los ciudadanos, no por ello desconocemos que de la voluntad personal también depende el que podamos superar la situación de estancamiento en que nos encontramos. A pesar de todo, las situaciones extremas de riqueza o de miseria las hacen posibles los gobiernos con sus políticas de mayor o menor control en el reparto de la riqueza y con los programas de desarrollo social y comunitario que puedan llevar a la práctica. Esta idea la plasmaba con absoluta claridad Robert Kennedy cuando afirmaba

que no se puede admitir que los Gobiernos sean tan imparciales y tan libres de responsabilidad que puedan estar al margen de las causas que provocan el rápido enriquecimiento de unos pocos o la miseria más absoluta de muchos. Tal actitud podría poner en duda, incluso la propia legitimidad de esos Gobiernos.¹ Aristóteles decía que “los más débiles buscan siempre la igualdad y la justicia, pero a los más poderosos no les importan nada.” Al margen de la mayor o menor conformidad que podamos prestar a este pensamiento, lo que es indudable es que la mayoría de los gitanos estamos situados, inequívocamente, en la parte más débil de la sociedad.

Gitanos y gitanas del siglo XXI

Hubo un tiempo en el que sin la ayuda noble y desinteresada de tantas y tantas personas comprometidas con nuestro pueblo, nada hubiéramos podido hacer. Especialmente durante la dictadura franquista, fue la Iglesia la que nos tendió una mano o nos resguardó de la persecución y, a veces, hasta de la cárcel. Pero los tiempos han cambiado. En este debate, hoy, al comienzo del siglo XXI, parece lógico que el protagonismo lo deben ostentar única y exclusivamente los gitanos. Al fin y al cabo el destino del pueblo gitano será el que quieran sus componentes y no el que nos pretendan imponer desde fuera quienes actúan movidos por intereses partidistas o pseudointelectuales.

Entre nosotros existen gitanos y gitanas con la formación adecuada para opinar con conocimiento científico sobre nuestra realidad. Los propios conceptos “*emic*” y “*etic*” de la cultura que hasta ahora estaban reservados a los investigadores “*gadyè*” de la antropología cultural son términos que algunos gitanos y gitanas manejan con soltura en sus escritos. Y deben ser estos mismos gitanos y gitanas los

que den la respuesta autorizada a los interrogantes de cómo describir adecuadamente una cultura en su totalidad haciendo la debida distinción entre los elementos mentales y conductuales de sus componentes.

Instituciones representativas vacías de gitanos

Pero el futuro de nuestro pueblo está también ligado a lo que nosotros queramos ser en el futuro. Si tenemos vocación de supervivencia y logramos estar presentes allí donde se toman las decisiones políticas, nuestro futuro será mejor. Lo que no tiene sentido es que siendo una mayoría tan considerable no haya en el Parlamento Europeo, al menos media docena de gitanos o gitanas diputados y que en algunos países, como el nuestro, donde vivimos más de 600.000 gitanos no haya ni un solo gitano o gitana diputado o senador en las instituciones centrales del Estado. Sin duda alguna, el futuro de nuestro pueblo dependerá, en gran medida, de la posición de fuerza que seamos capaces de ejercer allí donde se toman las decisiones políticas. De lo contrario, sólo nos quedará, como hemos hecho a lo largo de la historia, el recurso de la resistencia para no desaparecer. Porque eso sí, lo digo con toda firmeza: Estos dirigentes políticos pasarán. Estos gobiernos pasarán. Pero nosotros ahora y siempre seguiremos siendo gitanos.

Debemos revelarnos contra la imagen exclusivamente folklórica que se pretende dar de nosotros. Los poderes públicos no deben ignorar que los gitanos somos poseedores de una cultura singular que ha enriquecido a la cultura común de todos los españoles. Pero tanto antes como ahora los gitanos somos presentados como la imagen alegre y hedonística de

¹ Robert Kennedy. *Hacia Un Mundo Nuevo*. Aymá. 1968. Pág. 97.

España en el exterior. Hemos sido utilizados y no sólo no se nos ha reconocido ningún mérito, sino que ni siquiera se nos han pagado “royalties” por la manipulación de que hemos sido objeto.

De todas formas la experiencia nos dice que nadie da nada gratis. No debemos esperar que sean los gobiernos los que de *motu proprio* se decidan a otorgarnos la atención que merecemos. La libertad, como la conquista de los derechos, no es algo que se consigue sin pagar un precio. Los gitanos superaremos el estado de necesidad y marginación que padecemos sólo si somos nosotros los que luchamos, en primera fila, exigiéndolos y reivindicándolos.

Pero los retos continúan

La democracia nos ha dado voz pero nos ha negado cualquier ápice de poder. Por eso existen una serie de retos a los que seguimos enfrentándonos cada día, como son: conseguir la total escolarización de los niños gitanos; el desarrollo individual y colectivo de las mujeres gitanas; la creación de una completa red de asociaciones gitanas; la erradicación del chabolismo; y la recuperación y la difusión de nuestras costumbres, tradiciones y lengua.

Pero la incorporación a Europa de los diez países centroeuropeos ha cambiado radicalmente el paisaje gitano de la vieja Europa comunitaria. Hoy, el gran peso de influencia de la comunidad gitana está en esos países recién incorporados porque ellos representan la mayoría de los gitanos comunitarios. Indudablemente, para nosotros, gitanos españoles que teníamos un conocimiento muy lejano de aquella realidad, la convivencia con estos hermanos nuestros ha representado un nuevo aliciente en nuestra lucha diaria por el reconocimiento de nuestra identidad.

Acción política desde la libertad

La acción política de los gitanos debe tener, a mi juicio, un claro objetivo: la defensa de su identidad cultural. Los gitanos reclaman, -así lo hemos oído decir insistentemente en los últimos tiempos- el derecho, no individual sino como pueblo, de potenciar y desarrollar los valores que se consideran fundamentales de la comunidad y el deseo de que el precio que se haya de pagar por el desarrollo y el bienestar no sea a costa de la pérdida de la identidad gitana que todos coincidimos en situar como el más alto valor de nuestro patrimonio.

Al final todas estas consideraciones nos llevan al terreno sublime e impreciso a su vez del concepto de la libertad. ¿Qué es la libertad? ¿Cuáles son los límites reales de la libertad? No me gusta, por equívoca, la conocida frase de que “la libertad de un individuo termina cuando se lesiona la libertad de su prójimo”. ¿Quién establece dónde está el límite de mi libertad y dónde empieza la de mi prójimo? Por experiencia los gitanos sabemos, y con nosotros amplios sectores de la clase obrera y trabajadora, que para unos seres humanos, los menos, el límite de su libertad está muy lejano mientras que para otros -los más- ese límite aparece tan cercano que puede llegar a ser asfixiante.

Supongo que la crisis de valores de que tanto se habla en la actualidad está fundamentalmente relacionada con la paulatina pérdida de libertad que experimenta el ser humano especialmente en las sociedades desarrolladas. La libertad individual se sacrifica y hasta se da por buena esa mutilación cuando se acepta la creencia de que todos los valores pueden ser medidos por el dinero y que el dinero es la última palabra del éxito en la vida. Y sin embargo, lo más grave es que quienes más teorizan sobre la libertad son los que menos dis-

frutan de ella. “Cuando veo a los animales nacidos libres, y que ahora aborrecen el cautiverio, romperse la cabeza contra los barrotes de su prisión; cuando veo las multitudes de salvajes totalmente desnudos despreciar las voluntades europeas y enfrentarse con el hambre, el fuego, el hierro y la muerte para no conservar más que su independencia, siento que no pertenece a los ‘esclavos’ razonar sobre la libertad”.²

La libertad y la igualdad solidaria que la Constitución del 78 consagra va mucho más allá del legítimo derecho a ser respetados. La igualdad solidaria exige tratar de una manera más favorable a quienes durante decenios han sufrido discriminaciones o abusos sistemáticos. La protección de aquellos individuos o comunidades que se encuentran en inferioridad de condiciones es un derecho reconocido y amparado por la Constitución, porque un Estado es tanto más justo cuando las desigualdades sociológicas se corrigen favoreciendo a quienes históricamente no han tenido la oportunidad de ser iguales.

Nuestra identidad nacional

Los gitanos españoles somos españoles, los gitanos franceses son franceses y los gitanos húngaros son húngaros. Esta afirmación, que puede parecer absurda, no lo es en la medida en que fija con precisión el alcance del nacionalismo gitano, si es que de nacionalismo gitano se puede hablar.³ A pesar de todo, tratándose de una comunidad tan dispersa como la nuestra, con importantísimos núcleos de población que practican el nomadismo, se tendría que distinguir entre el sentimiento de pertenencia a un país concreto de quienes son sedentarios y el de quienes por su carácter itinerante tienen mayor conciencia de ser, por encima de todo, ciudadanos del mundo.

Para nosotros, los gitanos que hemos tomado conciencia de nuestra personalidad individual y colectiva como pueblo, el ser gitano es una realidad inalterable en el tiempo y en la Historia. Simplemente se es gitano o no se es. Con toda su grandeza y con todas sus miserias. Se es gitano para lo bueno y para lo malo. Se es gitano en la miseria y en la opulencia. Se es gitano porque esa condición está por encima de todos los valores materiales que pueden ser objeto de venta o de compra. Y se es gitano se hable o no el **romanó**, o se conozca o no la bandera gitana.

Pero los tiempos no cambian sólo para los *gadyè*. Antes era posible vivir sin tanta dependencia de la sociedad mayoritaria. Hoy cada día es más necesaria la convivencia, lo que estrecha vínculos, no sólo con las personas, sino también con la tierra en que se vive. Es más, existe otra noción de patria, no la tierra de los padres, como decía Nietzsche, sino la tierra de los hijos. Cada día son más los jóvenes gitanos que desean vivir como sus convecinos que no lo son. Los conocimientos, la educación y la cultura abren puertas de libertad que al mismo tiempo vinculan afectivamente a los seres humanos a la tierra que les vio nacer.

No se alarmen, pues, los integristas ni den saltos de alegría los separatistas. Que cada gitano es un mundo y como tal hay que entenderlos. Que tan falsos fueron los agentes comunistas gitanos que durante decenios vivieron tras el telón de acero como los *voivodas*, emperadores y reyes gitanos que, con un arte supremo, son capaces de concitar todavía la atención idiota de una parte de la prensa internacional.

² J. J. Rousseau. *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres*. Alianza. Madrid. Pág. 90.

³ Véase Antonio Torres Fernández. *Los Gitanos somos una nación*. Instituto Romanò. Barcelona. 1990. 64 páginas.

Planteamientos básicos para la acción política

Desde la legitimidad que me da el hecho de presidir la Unión Romaní desde su fundación y haciendo míos los planteamientos que democráticamente se toman en su seno, me atrevo a reafirmarme en los siguientes criterios:

1. La participación política de los gitanos no debe hacerse a través de las asociaciones tal como éstas están concebidas hoy en día. La apertura democrática, la elevación de los niveles educativos y sobre todo, las políticas de subvención han acelerado de una forma significativa el nacimiento de asociaciones, muchas de las cuales no responden a objetivos reales de lucha por la cuestión gitana. Es más, somos conscientes de hasta qué punto los partidos políticos tradicionales han intentado manipular con fines partidistas, o exclusivamente electorales, a estas asociaciones.
2. La mayor parte de los gitanos españoles no forman parte de ninguna asociación ni están afiliados a ningún partido político. Hasta ahora han podido más los recelos por el comportamiento de algunos mal llamados líderes gitanos, o, sencillamente, los líderes gadyè no han sabido transmitirles la dosis de ilusión indispensable para colaborar activamente con una formación política concreta.
3. Desde la Unión Romaní nos sorprendemos de que existan portavoces gitanos y no gitanos a los que nadie reconoce la más mínima autoridad y que sin embargo se manifiestan como la encarnación viva de todo el pueblo gitano. Nosotros reiteramos que nadie está legitimado para hablar en nombre del pueblo gitano y que la mayoría de las manifestaciones que oímos son sólo opiniones particulares de gitanos, por supuesto respetables, pero al fin y al cabo, individuales.

4. En España no hay más representación legítima de las personas y los grupos en que se integran que la que otorgan las urnas. Los gitanos nos tenemos que acostumbrar a ello, porque eso es bueno y democrático. La razón no tiene que estar siempre del lado del más valiente, del más fuerte, del que más grita o del que aparece más veces en los medios de comunicación social. Los representantes de las asociaciones deberían acostumbrarse a no hablar tanto “en nombre de los gitanos”, sino en nombre de su respectiva asociación, porque otros gitanos, con legítimo derecho, pueden opinar de forma diferente.

Nosotros, los gitanos que tenemos la mente puesta en la vida que espera a nuestros hijos en el siglo XXI, somos partidarios de quienes sostienen que la cultura está codificada en el cerebro y no en los genes. Los pueblos evolucionan y las culturas con ellos en la medida en que los conocimientos, la educación y la información son capaces de alterar la codificación cultural del cerebro. Por eso queremos más información para nuestros jóvenes, más y mejores conocimientos para nuestros niños y mayor capacidad de interrelación de nuestros adultos con la sociedad mayoritaria. Queremos que, en pie de igualdad, puedan, unos y otros, defender sus propias concepciones de la vida. Y de la misma forma que queremos más maestros gitanos, más médicos gitanos, más albañiles gitanos, más mecánicos gitanos, más abogados gitanos, queremos también más diputados y diputadas gitanos en Madrid y en las autonomías. Y más alcaldes y concejales gitanos en nuestros pueblos y ciudades.

La representación política gitana en la actualidad

Como muchos ciudadanos saben, soy militante del Partido Socialista Obrero Español y he sido diputado por este partido durante casi veinte años continuados. He conocido momentos de mayor reconocimiento de lo que los gitanos significamos en el seno de la organización, y he sufrido épocas en las que parecía que nada importábamos a algunos de sus máximos dirigentes. No puedo, pues, hablar con conocimiento de la vida interna de otros partidos políticos. Del mío, evidentemente, sí.

El 28 de febrero de 1998 los principales partidos políticos europeos, reunidos en la ciudad holandesa de Utrecht, firmaron una "Carta de los partidos políticos europeos para una sociedad no racista". En ella se proclama el compromiso de luchar contra cualquier forma de discriminación racista y el de abstenerse de cualquier alianza política o de cooperación, a todos los niveles, con cualquier partido político que despierte o trate de infundir prejuicios raciales o étnicos o de odio racial contra las minorías. Y se llegó al compromiso de esforzarse por conseguir una representación equitativa, en todos los niveles de los partidos, de las minorías étnicas, *"siendo especial responsabilidad de la jefatura de los mismos alentar y respaldar la selección de candidatos procedentes de estos grupos para las labores políticas"*.

Pero este compromiso adquirió su máxima dimensión con motivo del V Congreso del Partido Socialista Europeo, celebrado los días 7 y 8 de mayo de 2001, donde, entre otras cosas se aprobó lo siguiente:

"Los partidos socialistas, socialdemócratas y laboristas de la Unión Europea reivindicamos la democracia, la libertad, la igualdad y la solidaridad como valores esenciales para nosotros."

Por todo ello, reafirmamos nuestro apoyo a la Carta de los Partidos Políticos europeos a favor de una sociedad no racista y nos comprometemos a hacer respetar sus principios. Todos los partidos del PSE se adhieren especialmente a los siguientes principios e invitan a las otras familias políticas europeas a hacer lo mismo:

- a) Procurar, dentro de los partidos y a todos los niveles, una representación justa de los/as ciudadanos/as procedentes de todas las comunidades étnicas, *con un llamamiento especial a la responsabilidad de los dirigentes para que impulsen y apoyen tanto la afiliación de nuevos militantes como la designación de candidatos/as para desempeñar responsabilidades políticas procedentes de dichas comunidades*.
- b) Procurar también una representación justa y mayor implicación democrática de todas las minorías étnicas en la sociedad y en sus instituciones. *La Democracia no es propiedad exclusiva de la mayoría; nuestra concepción de la ciudadanía resulta así incluyente"*.

Este compromiso todavía no ha sido cumplido. Y los gitanos lo saben.

Hasta hace tan sólo unos meses la representación política gitana ha estado prácticamente en manos del Partido Popular. El secretario general de la Unión Romani de Andalucía es un valiosísimo concejal del PP. Se trata de Antonio José Heredia Ortega, una persona honrada e inteligente que predica con el testimonio de su trabajo serio y responsable. Y en la Comunidad Valenciana los gitanos hemos tenido durante dos legislaturas al único diputado gitano de España: se trata de Manuel Bustamante Bautista, militante del Partido Popular, gitano noble y sencillo, querido y respetado dentro y fuera de su comunidad. Hoy,

por fin, la Asamblea de Extremadura cuenta con un diputado socialista gitano. Se trata de nuestro hermano Francisco Saavedra Santos.

Los gitanos somos como un fantasma no invitado, y sin embargo, somos parte del mapa étnico y cultural de Europa. Tenemos una lengua, una identidad, una historia, una cultura y una conciencia de pertenecer a una comunidad más amplia. Pero no tenemos un Estado al que referirnos, y tampoco aspiramos a tenerlo. “Y en un mundo de Estados nacionales -escri-

bió en “El País” Emil Schuka, anterior Presidente de la Unión Romaní Internacional- esto parece equivaler a un pasaporte al infierno, una justificación permanente ofrecida a todo el que quiera olvidar o borrar la existencia de los gitanos, igual que sus derechos civiles y humanos”.



Juan de Dios Ramírez-Heredia
Periodista y abogado
Presidente de la Unión Romaní